

Cordialidades*Jun 20/47*
Ray
La Tórtola Herida

Por Sergio AGUIRRE

BUENO, no toméis la cosa al pie de la letra. No se trata estrictamente de una tórtola, sino de Gastón Baquero. Del antiguo y entrañable Gastón, que se ha vuelto muy avaro, muy recio, desde que no se interesa por la matrícula gratis. Invetido por Pepinillo de una función augusta —la de expender o negar en nuestra insula salvoconductos de talento— el buen Gastón no se muestra generoso. Nuevas costumbres y nuevas relaciones le han construido unas posibilidades de furor que confunden un poco a la gente. A mí, no me confunden: me han dicho que todo se engendra en la desdichada circunstancia de una epidermis tan sensitiva que no puede resistir el roce de la discrepancia. No: no el de la discrepancia. De ahí que me atreva a compararle con una tórtola, es decir, con una avecilla tierna cuyo corazón se encoge hasta cuando siente caer el pétalo de una rosa. Claro que se trata en este caso de una avecilla franquista, pero ¿qué queréis?; el alero franquista no es mal nido para una tórtola. Y lo que importa ahora es que comprendáis que esa tórtola se siente herida, o sea, que el último furor de Gastón nace de que no le ha gustado que le comparen con un bodeguero falangista. En tamaño pecado ha incurrido nuestro Juan Marinello, y la indignación de Gastón no reconoce límites. Lo de falangista no le duele, pero lo de bodeguero le ha llegado al alma.

¿Tiene razón en ello? ¿Son admisibles los impulsos que le han llevado a culatear el rifle repetidamente contra el Presidente del Partido Socialista Popular? ¿Merece Marinello un certificado de defunción intelectual tan inapelable y sombrío como el que Gastón Baquero le ha expedido? Yo creo que no. Fijaos en que el acento pugnaz lo puso Marinello en lo de falangismo, y no puede acusársele de haber insinuado que la filosofía baquerosa tiene un como relente de trastienda. Podrá haber sugerido que Baquero comercia, con lo que escribe, como un bodeguero; pero no que escriba como un bodeguero. Bien sabéis que el gran líder popular es siempre muy preciso, y en este caso lo fué impecablemente. Nada dijo que pudiera interpretarse siquiera como objeción al hábito que Gastón tiene de consumir cuartillas a renglón cerrado barriendo con todas las aspiraciones del lector al punto y aparte. Pues sabe Marinello que se hace imposible la eficacia del periodismo filosófico, como la del comercio, si hay cicaterías con las cuartillas de papel.

Sin embargo, no creáis que voy a atacar a mi antiguo Gastón. Voy a defenderlo. Y voy a hacerlo porque es un hombre de la generación a que pertenezco, lo cual no implica otras coincidencias; valga la aclaración. Tan bien como otro cualquiera de los que somos jóvenes un poco calvos, sé lo que una palabra de Marinello significa intelectualmente para nosotros. Lo mismo para Gastón que para mí, Marinello. ¿quién lo ignora?, ya casi no es un hombre en Cuba, a fuerza de ser un gran orgullo nacional. Es la vida hecha nobleza, la sensibilidad convertida en función histórica, uno de esos símbolos de servicio humano que los pueblos funden en sí mismos por los canales de la emoción. El lo sabe, y no vacila en maltratar un poco las devociones exageradas que juzga peligrosamente compatibles con el mejor celo revolucionario. Pero tan avasalladora es su influencia que hasta retoza en las mesas del "Diario de la Marina". En una palabra: Gastón vive prisionero de la admiración. No os sorprendáis: Gastón Baquero, en un angustioso intento de satirizar, deja escapar su secreto recóndito cuando dice de Marinello: "es el patriarca de las letras continentales, ya que en el continente se le toma en serio y se le respeta la mar". Y cuando agrega: "es un hombre muy sincero y muy honrado, muy fiel a sí mismo". Escrutad la violencia de esa tragedia íntima: el falangista Gastón Baquero se debate sudoroso por arrancar de sí mismo una inclinación invencible a verse palmeado por Marinello. Confiesa, comulga, hace la señal de la cruz, y todo inútil: allí, en el fondo de él, está la admiración agarrada, tenaz, sonriente. ¿Lo compara Marinello con un bodeguero falangista? Los nervios de Gastón estallan, y escrib un artículo amargo llenando de injurias a su ídolo. Entre sollozo y sollozo le llama aconcagua, chimborazo, tequendama. ¡Y pretende engañarnos con el uso de la minúscula! ¡Y no deja escapar el vocablo que le muerde las entrañas: "ingrato"!

¡Ah, pobre Gastón! Ha perdido la risa y el color, como la princesa de Dario. Cuando chapotea en el humorismo parece un calamar en su tinta; es grácil como un bisonte. Pero sufre, y siempre es respetable la presencia de un hombre que sufre. Por eso yo he viajado por los hilos del recuerdo hasta aquellos tiempos universitarios en que Gastón y yo defendíamos heroicamente al Ala Izquierda Estudiantil. Dejadme rememorar un pasado más amargo que dulce. Eramos pocos los marxistas y teníamos que suplir con nuestra firmeza las armas que nos faltaban para hacer frente a los que ahora son socios de Gastón. Ved lo que son las cosas: yo pertenecía a la oficialidad izquierdista, mientras el buen Baquero era un soldadito virtuoso. Me iba hasta su calle—¿Animas? ¿Virtudes?—y le decía: "Gastón, aquí te traigo diez ejemplares de nuestro periódico "Línea". Me los tienes que liquidar el jueves. Son treinta centa-

